

El objeto de la historia en el Perú

LUIS MIGUEL GLAVE
IEP-UNMSM

Las preguntas

Pensar en el objeto de la historia nos lleva en tres direcciones, relacionadas y complementarias pero independientes. Una primera tiene que ver con los temas de los estudios: ¿qué aspectos de la vida en sociedad a través del tiempo interesan al historiador, se convierten en su objeto de estudio? Este es el ejercicio de la historiografía. La segunda es un tema de filosofía de la historia: ¿para qué hacemos historia en determinado momento? Incluye este horizonte la pregunta complementaria: ¿cómo la hacemos? Añade pues al «lugar» o «sitio» de la historia en una sociedad. Se puede observar desde la escritura de la historia hasta su recepción o lectura. La tercera, de menor entidad o dimensión teórica -pero muy polémica en determinadas circunstancias- tiene que ver con la utilidad de la historia.

Historiografía

Sobre historiografía no trataremos en esta oportunidad. El mismo promotor de estas páginas, Humberto Rodríguez, solicitó hace un tiempo una reflexión al respecto, que luego fue ampliada para otros eventos y finalmente se publicó en una última versión¹. No hice entonces un inventario historiográfico sino una reflexión, marcada por la propia experiencia personal. Los balances, que siempre son parciales, pueden tener la inclinación al registro, más o menos erudito, o hacia la reflexión temática, siempre marcada por la práctica personal de quien escribe. Así ha sido la tendencia en el Perú, desde Riva Agüero. En aquella reflexión a la que ahora se remite al lector, faltaron muchos autores, detectaron errores -que no sólo ausencias- en determinados temas². Pero convenía publicar el (último) trabajo para dar una imagen diferente a la que proyectaba un artículo de Heraclio Bonilla, referido a la historia económica y presentado en un evento internacional organizado por los historiadores económicos de Argentina³. Aparece allí el panorama de un colectivo de historiadores que no pudo dar una visión global de la historia económica y, luego de hacer ejercicios parciales y limitados, abandonó su práctica encandilado por nuevas tendencias historiográficas cuyo desarrollo no es explicado. Bonilla antes había hecho un balance muy prolijo, que despertó una pequeña polémica, sobre la que regresaremos⁴. Mientras en 1980, las decenas de trabajos, sobre todo de la historiografía peruanista en el exterior, básicamente norteamericana, habían transformado favorablemente la visión del Perú, en 1996 un incompleto registro de historiadores peruanos aparecía como habiendo emprendido una tarea que no concluyeron.

Cuando se desarrolló esa polémica sobre la historiografía al final de la era de la renovación de los 60 y 70, no terció Pablo Macera, autor de las dos piezas bibliográficas más a propósito para la reflexión sobre el objeto de la historia peruana⁵. Pero sus comentarios fueron y son una referencia obligatoria de la historiografía. Con una mira más circunscrita, Franklin Pease ha hecho un balance de los estudios ligados a la Pontificia Universidad Católica del Perú⁶. Sobre historiografía entonces, remitimos a esa bibliografía.

Nos toca pues abordar el objeto de la historia en el Perú desde las dos perspectivas restantes: la utilidad y el sentido.

Utilidad

Se tiene como una convención comúnmente aceptada que la historia no tiene una utilidad inmediata, «no es útil» a corto plazo. Su tarea es de largo aliento. No encontramos historiadores en las consultorías de los organismos internacionales destinados a la promoción del desarrollo, salvo cuando ellos dejan de lado lo que se supone su terreno natural, el pasado.

Al mismo tiempo, constataremos las demandas *inmediatas* que constantemente se le presentan. Pueden aparecer, de pronto, situaciones en las que los periodistas u otros especialistas en los problemas sociales, preguntan, y rápido, a quienes se supone pueden ilustrar situaciones que anteriormente se han presentado. Un fenómeno natural como «el niño» por ejemplo. Los historiadores han registrado eventos calidos en el tiempo, sus características, sus efectos. Lorenzo Huertas es un experto en la materia⁷. Historiadores conocedores de la historia regional norteña como Susana Aldana, Alejandro Diez o A.M. Hocqenghem podrían dar otras tantas valiosísimas informaciones que las autoridades debieran tomar en cuenta para conocer y enfrentar estas eventualidades. Un gran encuentro internacional se realizó en Lima, reuniendo a historiadores, arqueólogos y científicos físicos, para discutir sobre este tema⁸. Los historiadores hacen un trabajo paciente, apoyado por algunos organismos internacionales y muy poco por el estado, pero sus aportes no son ni muy tomados en cuenta ni apreciados como se debiera. Hasta que el fenómeno se presenta...

En otros ámbitos, como el desarrollo rural por ejemplo. Las necesidades de aplicar tecnologías apropiadas a un medio físico complejo y uno social marcado por la pobreza y las formas sociales y culturales, digámosles, andinas, llevan a la consulta con los historiadores. Los andenes y su uso han sido estudiados por arqueólogos e historiadores, algunas veces en equipos. Hoy mismo los economistas hacen algunos estudios respecto al posible rescate de los andenes. Debieran consultar con sus vecinos respecto a mucha información que queda como registro erudito. Algunas veces ocurre.

Los anteriores son situaciones de catástrofe (los terremotos por ejemplo), que han merecido una historiografía «catastrofista» en muchos países del mundo. Los otros son también referidos al medio ambiente, al paisaje rural. Pero no es sólo en este terreno que las utilidades inmediatas del conocimiento histórico puede demandarse y apreciarse. En otras circunstancias, los especialistas de la cultura, la sociedad y la economía tocan las puertas de sus colegas historiadores. Piden los «antecedentes» de los fenómenos que estudian: la población, la educación, los movimientos de los precios, las exportaciones, el producto bruto interno, las finanzas del estado, etcétera.

No sabemos cuál sea la clase de performance de los historiadores, pero pareciera que, siempre preocupado por la observación de su utilidad, responde favorablemente -y bien- a los pedidos. Pero siempre le quedará una inconformidad. ¿Porqué no se integra su visión de proceso y de largo aliento en el diseño de los estudios del presente? No es la tarea más sencilla encarar con visión de conjunto y de panorama temporal problemas de la cultura. Por eso, la principal respuesta a nuestra pregunta inicial respecto al objeto de la historia, sea la que hay que dar a cuál puede ser el sentido de la historia, para qué estudiarla y enseñarla y cómo hacerlo.

Sentido

Los historiadores en el Perú de fin de siglo viven un doble desafío. Agobiados por un estrecho mercado que solicite -y pague- sus habilidades, conviven sin embargo con una abrumadora demanda por imágenes, referencias, explicaciones, que siempre son mayores y más sutiles que sus posibles ofertas de respuesta discursiva. Hace diez años, Alberto Flores Galindo señalaba que:

«Un historiador así como investigu en archivos, debe enseñar en alguna institución universitaria, quizá también labora en un centro de investigaciones y es probable que le soliciten conferencias en un municipio, sindicato o círculo de estudiantes, sin considerar entrevistas para algún periódico o colaboraciones que él mismo puede enviar a alguna revista semanal. Esto es resultado de que no son muchos los historiadores, de los escasos ingresos que disponen y, sobre todo, de la demanda a la que están sometidos»².

Como siempre, los historiadores tenemos la virtud (y algunas veces la desventaja o defecto) de hablar sobre la propia experiencia: ese era el retrato de Flores Galindo en el apogeo de su práctica como historiador en el Perú. No era el retrato de todos los historiadores. Algunos no podían, ni pueden acceder a la prensa, a los institutos de investigación, y en las universidades tienen ubicaciones limitadas o, incluso en el mejor de los casos, mal pagadas. De cualquier forma, la presión (personal y social) por respuestas a la necesidad por la historia es muy grande. El mismo Flores Galindo lo detectaba con su perspicacia característica: en muy diversos medios y ante muy variadas necesidades de identificación, en el Perú «hay una suerte de predisposición a pensar en *larga duración*». Los políticos leen la historia a su favor para fabricar sus figuras de predestinados, las instituciones buscan sus antecedentes (como las familias de «abolengo» buscaban y buscan sus genealogías), las regiones y los grupos sociales hacen lo mismo, y cuando no los encuentran, los inventan de las maneras más ingeniosas, para las que nunca falta un discurso historiográfico.

La principal demanda de la sociedad hoy (a fines de los noventa) es la de las síntesis. Las instituciones -educativas, periodísticas, institucionales, culturales- piden imágenes globales, de fácil acceso. La proliferación de estudios monográficos, las tesis universitarias, las revistas especializadas, los congresos, las investigaciones individuales y colectivas, han abarrotado de información las bibliotecas, sin proyectarse hacia las conciencias. Ha ocurrido lo que luego veremos pasaba en Francia y los principales centros de producción historiográfica: una inseguridad en la orientación y un raro vigor en la práctica. Lo contrario a lo ocurrido hasta 1980, cuando pocos y valiosos estudios lograron poner los ladrillos de una imagen revisionista y ácida acerca de la historia, que desbancó la que se había estereotipado desde la fundación moderna de la historia aristocrática y burguesa, obsesionada por el «alma nacional», el «nosotros» que no pusiera en tela de juicio su preponderancia.

A la vez, los pedidos más pedestres se hacen cotidianos. Los teléfonos pueden sonar con las preguntas más disímiles, como quiénes fueron las «primeras damas» desde la fundación de la república, pasando por el uso incaico de la coca, hasta los más sonados escándalos en Lima. La historia es como una cajita de pandora de la que se puede obtener sorpresas, y su cultor, un anecdotario y anecdótico personaje, algo húmedo de tanto sótano de papeles casi botados, enciclopédico y erudito, cuyo saber sin embargo no es tan valioso como para merecer retribución material, salvo excepciones que sólo confirman la regla.

En otro contexto, el gran historiador Michel de Certeau se preguntaba:

*“¿Qué fabrica el historiador cuando «hace historia»? ¿En qué trabaja? ¿Qué produce? Interrumpiendo su deambulación erudita por las salas de los archivos, se aleja un momento del estudio monumental que lo clasificará ante sus pares, y saliendo a la calle, se pregunta: ¿De qué se trata en este oficio?. Me pregunto por la relación enigmática que mantengo con la sociedad presente y con la muerte, a través de actividades técnicas.»*¹⁰

Como vemos, se trata de una batería de preguntas que desglosan la nuestra, tan simple, acerca del objeto de la historia «entre nosotros». El punto de partida de la respuesta es la elucidación del «lugar de la historia»¹¹. Las instituciones, los espacios culturales o políticos, el momento social, marcan la escritura de la historia. Lo que produce la historia es la sociedad, donde ocupa un «lugar», sostenido y mantenido «por una disciplina que se desarrolla en obras sucesivas»: en la relación de nuestra disciplina con la sociedad se encuentra, precisamente, el objetivo de la historia.

Ahora puede sonar extraño un texto como *La historia como arma* de Manuel Moreno Fraginals. La historia, parte de la superestructura, debe ser arrebatada -decía- a la burguesía, con nuevas fuentes, nuevos métodos y nuevos historiadores, apasionados, de espíritu universal y revolucionario. La validación de su discurso era la lucha por imponer el sistema socialista y derribar el viejo sistema. Hoy los socialismos se demuestran, y con ellos las certezas de una generación, pero en su momento, la reflexión sobre la *historia nueva*, la respuesta a la pregunta de ¿para qué la historia en la Cuba socialista? la del ascenso de un modelo germinal en los años 60, era tan lícita como hoy lo son las dudas sobre esas certezas de hace poco¹².

Hay un componente de esta relación que tiene que ver con la práctica y la validación de la historia. Son las determinaciones de los espacios y los grupos actuantes en determinado momento en el lugar de la historia, lo que determina el «valor de una obra»: «el libro o el artículo de historia es a la vez un resultado y un síntoma del grupo que funciona como un laboratorio... es el *producto* de un lugar» -escribía de Certeau. Los tipos de obra incluso se marcan por esta dinámica. Por ejemplo, las obras de vulgarización son producto de una demanda proveniente de consumidores ampliados, sus gustos y requerimientos fabrican un estilo, un discurso «literario» (deberá ser de fácil lectura, algunas veces con fotos y gráficos, con muchos subtítulos, y salir en revistas o periódicos de gran difusión) emitido por aquel que «tiene autoridad». Mientras, las revistas especializadas, en las que el historiador hace su ascenso dentro del equipo de sus pares, se convierten en ejercicios «científicos», especializados, parciales, casi esotéricos, del que trabaja con documentos (erudición), sometidos a métodos y técnicas aceptadas como «las convenientes y necesarias».

En la generación activa más reciente en el Perú hemos tenido por lo menos un caso de disidencia. El de Efraín Trelles en su libro *Imágenes y futuro*¹³. Luego de un consagratorio *Lucas Martínez Végazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial*¹⁴, ajustado a la práctica del oficio modernizado de los historiadores profesionales, Trelles decidió encarar su pedáneo superior con un discurso desafiante, muchas veces inentendible o sujeto a una lógica enmarañada, considerada «no académica»¹⁵.

La historia está pues siempre marcada socialmente. Por eso, los temas varían. Es lo que presentamos en el artículo anterior sobre historiografía, el paso de la historia económica, por la historia agraria y regional hacia la historia cultural, de mentalidades, con renovado arsenal metodológico. Temas, autores, instituciones, situaciones sociales y políticas, van tejiendo un discurso y una recepción del mismo.

Recepción

Una determinada «fábrica», una demanda, una producción y finalmente una recepción. Siguiendo a Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart, Alberto Flores Galindo y sobre todo Manuel Burga subrayaron la génesis y la difusión de la «idea crítica» del Perú por ejemplo. Hasta aquí hemos hecho una diferenciación y una relación entre: lugar (reclutamiento, medio, oficio) - procedimiento (disciplina) - texto (literatura).

Luego sigue la reflexión teórica sobre la «recepción». Aunque ésta va incluida de alguna manera en el «lugar», tiene una especificidad, que complementa la relación entre esos tres niveles y que aclara mucho la idea de que la historia es parte de la «realidad» de la que habla y que esa realidad puede ser captada como práctica.

En 1988, la revista *Annales* pidió una reflexión acerca de la crisis de las ciencias sociales, «visible en el abandono de los sistemas globales de interpretación, de esos «paradigmas dominantes» que, en una época fueron el estructuralismo y el marxismo». La historia, según la redacción de la revista, se mantenía «sana y vigorosa, y sin embargo, con incertidumbres debidas al agotamiento de sus alianzas tradicionales», con la geografía, la etnología y la sociología. Indecisión y vitalidad eran las marcas de la práctica histórica¹⁶. A muchos kilómetros de distancia y en un medio muy diferente, con ritmos opuestos a los de los medios historiográficos de los países del primer mundo, en el Perú se vivía lo mismo. Sin embargo, las razones de esa situación eran diversas, como las manifestaciones culturales de la misma.

En el primer mundo, la historia producía un desplazamiento en las prácticas de la investigación y «sus principios de inteligibilidad». La escritura, las lecturas, los lectores, podría sintetizar el título de un compendio de estas preocupaciones¹⁷. Mientras en el Perú el discurso se mantuvo inmóvil, la práctica se encasilló o dio marcha atrás, las polémicas abiertas -sobre las que volveremos- y la crispación tomaron la escena, a tono con la violencia de una guerra aparentemente inentendible.

En los medios académicos occidentales, una transformación temática vino adherida a una nueva perspectiva. El desplazamiento era académico, producido por cuestionamientos que surgían de la confrontación de estrategias y perspectivas disciplinarias. En un manual de lecturas sobre métodos publicado en México, François Perus resume la situación:

«...a partir de los desarrollos de la lingüística, la semiótica y la teoría literaria, el historiador podría pensar que quienes trabajan con textos literarios disponen hoy de instrumentos sumamente precisos para la descripción de los «textos» -literarios o no-, para el estudio del funcionamiento de los sistemas de signos y para el de la «producción de sentido(s)». Los métodos y las técnicas del boyante vecino podrían mostrarse de gran ayuda para una redifinición de los objetos y los métodos del historiador actual, deseo de dejar atrás la historia económica, social y política, y de acercarse a las manifestaciones culturales. ¡Más aún, como lo viene afirmando aquel vecino...todo es «signo», «texto» o «discurso», incluida la historia!...Y ella misma, que «ayer nomás decía», después de un largo y complejo recorrido que la condujo de los documentos y los acontecimientos a las estructuras y los procesos, que todo era...historia...»¹⁸.

Esa percepción no había llegado al Perú. Ni los medios universitarios, ni las lecturas, los temas de las clases, los tipos de cursos, las publicaciones de difusión, los autores comentados, lo reflejaban. Era un tema de «iniciados». El sólo planteamiento de una duda respecto a la «objetividad» de la historia y a su «carácter científico» era tenido como una herejía propia de ignorantes. En su encapsulamiento, el discurso histórico en el Perú, sin embargo, se fue transformando.

Para entender esa transformación es necesario recurrir justamente a ese nuevo utilaje que el discurso histórico occidental desarrollaba. Las «representaciones» como parte de la «realidad», el engranaje de la «operación historiográfica» descrito por de Certeau, la «hermenéutica de la conciencia histórica» de Ricoeur. También, la historia de la «recepción», desarrollada en Alemania, en relación al «lugar de la escritura» y el «lugar de la lectura»¹⁹. Un *espejo* en término de Borges, retomado por Flores Galindo como «espejo roto». Otro ingreso desde la crítica literaria, que en el Perú tuvo un importante cultor en el argentino Alejandro Losada.

¿Cuál es la relación entre la historia y la ficción? Para simplificar, esa es la pregunta que resuena en los debates de los post estructuralistas. Las respuestas varían. Lo importante para nosotros es determinar que la estructura de las narraciones se inserta en los hechos mismos, que tienen una «comunidad formal»²⁰. Al mismo tiempo, en países como el nuestro, es común encontrar lo «normalmente excepcional», junto con aquellos «acontecimientos fantasmales que se vuelven históricamente relevantes debido a su eficacia simbólica»²¹. Los viejos *ñacaq* o *pishtacos* reaparecieron en la era de la violencia como «sacaos» en diversos asentamientos humanos marginales de Lima, mientras en Huamanga un comerciante murió confundido como uno de esos seres. A la sazón aparecieron importantes intervenciones analíticas, desde la psicología, la etnografía y la historia. Nuevamente Flores Galindo tomó la materia y la tradujo en un discurso, que le fue arrebatado por distintas lecturas que se hacían de sus afirmaciones. El *mundo andino* tomó forma en medio de la guerra interna, como fantasma, como esperanza o como trampa: un discurso y una representación se hizo parte de las conciencias peruanas de la década de la violencia.

Historia de una búsqueda

Regresemos al discurso histórico peruano antes de la renovación producida por «la generación del 68». Uno de los pocos historiadores peruanos que dedicó muchas páginas a la reflexión sobre la práctica de la historia fue Jorge Basadre. Muchas frases podemos tomar de sus escritos, siempre conmovedoras, gracias a la libertad y soledad con la que ejerció su oficio. «En este suelo hay una personalidad burilada por los siglos y una promesa por cumplir», decía entre muchas otras afirmaciones referidas al sentido de la historia del Perú. Su fe y su afirmación no estaban exentas de dudas: «En estos tiempos revueltos ¿para qué ocuparse del pasado?» se preguntaba en 1940²². Como el grito repetido de Emilio Adolfo Westphalen en 1995 y 1997, «¿para qué poetas en tiempos de miseria?». Abogaba por una historia de «afirmación nacional». Ese era el mensaje de la enseñanza de la historia, una historia que lime asperezas y que ligue elementos, en el tiempo y en el espacio, mirando el futuro. Era el tiempo que calificaba como la «edad de la negación». Una época de enfrentamientos que empezaba probablemente donde terminó su *Historia de la república*, en la «edad de la amargura» que siguió largamente a la guerra del Pacífico. Su posición no era la del estado como generador del Perú²³. El origen de la nacionalidad estaba en la experiencia en el tiempo, las ideas y los sentimientos, un «impulso colectivo» registrable allende el tiempo. En unas páginas miraba la historia toda, como proceso.

Alberto Flores Galindo, en un artículo de combate ideológico con el naciente liberalismo, retomó y profundizó el mensaje historiográfico de Basadre²¹. En torno a la lectura de la historia que hacía Hernando de Soto en su difundido *Otro sendero*, Flores Galindo afirmaba que el Perú había nacido de una tenaz y persistente «lucha popular» contra el estado:

«En esta larga historia ha existido siempre la resistencia de las poblaciones al estado; la lucha de los pueblos, de las regiones, de las ciudades contra la dominación centralizada...Podríamos decir que la nación -si identificamos esta palabra con los habitantes del país- se ha constituido en lucha contra el estado».

Hernando de Soto -según Flores Galindo- daba vuelta al argumento de Basadre, era el estado el obstáculo que había de ser superado. En el debate, el argumento de Basadre aparecía simplificado. Diríamos ahora que, lejos de contradictorio, el pensamiento de Flores Galindo llevaba adelante el de Basadre.

Nadie como Alberto Flores Galindo, en *Buscando un Inca*, y Manuel Burga -partícipe del mismo discurso- en *Nacimiento de una utopía*, acometieron la tarea de «leer» la historia con una mirada larga y sistemática, la que Basadre reclamaba en su «prólogo» a Riva Agüero (sobre el que hablamos enseguida) y en sus artículo de 1941 sobre la enseñanza de la historia. A Burga le salió al frente la voz polémica en un artículo de Thierry Saignes²⁵. Mientras que Flores Galindo había respondido a la ideologización de Hernando de Soto, Mario Vargas Llosa y -desde los historiadores- el joven escritor Fernando Iwasaki²⁶.

En su «prólogo» a *La historia en el Perú* de José de la Riva Agüero, Jorge Basadre desarrolla un planteamiento de base respecto al sentido de la historia en el Perú. Se trata de la obra fundacional de la historiografía en el Perú y, a partir de ésta, plantea un derrotero para el discurso histórico²⁷. Es un bello escrito metodológico donde nuestro historiador de la república aboga por una «historia con sentido», con *trama*, lejos de la erudición estéril a la vez que de las generalizaciones fáciles. Como punto de partida, una llamada de atención respecto a la necesidad de la narración: «no se puede interpretar si los hechos principales no se han aclarado y ordenado». Las virtudes de la *trama* serían la imaginación y el estilo del historiador, que son «espíritu filosófico y sintético, profundidad y arte de composición». Basadre hacía hablar a Porras, el líder de los primeros escritores de la historia moderna. En su recorrido por la historiografía europea, con la que parangona a Riva Agüero, Basadre no sólo se detiene en (quien Flores Galindo considera su verdadero inspirador) el alemán Mommsen sino que menciona a Emery Neff y su *The Poetry of History* (New York 1947), donde se postula la tesis de que la gran historia debe ser tratada como arte (adelantados a las polémicas que Hayden White y su *Metahistoria* desataron en la nueva historia europea).

En una reciente compilación de textos de Raúl Porras Barrenechea, Luis Loayza se detiene en la importancia del estilo como «arma del conocimiento»²⁸. El argumento es el mismo que motivaba las reflexiones de Basadre. Un primer Porras hispanista, seguidor de Riva Agüero a un último Porras liberal, mantiene el estilo, la forma no se separa del fondo. No escribe una «gran obra», como dicen que no lo hace Macera, mientras desarrolla un discurso oral, de conferencia traducida a artículo (como tanto llamó la atención Macera durante el tiempo que concedió entrevistas a grand sobre temas contemporáneos referidos en la historia). Paradójicamente- paralelo -cargado de diferencias- con la trayectoria de Basadre.

Cuando Basadre escribe sobre Riva Agüero, llama la atención sobre un tema que a ambos acupó en esencia: la identidad nacional. La misma demanda que, desde

planteamientos opuestos, fue abordada en los años ochenta. «En el Perú la historia debe decirnos, sobre todo, de dónde venimos, quiénes somos». Entonces se detiene en la polémica que el mundo Inca (y su redescubrimiento) despertó entre la intelectualidad de los años 20, incluyendo el discurso de Mariátegui. Flores Galindo apuntaba luego cómo esa mirada de la historia previa había cambiado de sentido en el debate más reciente: «hemos pasado de la obsesión por el pasado, al nacimiento de un nuevo tipo de relación con la memoria y los recuerdos: dejamos de estar dominados por los muertos y queremos hacer de la historia sólo un instrumento para edificar -como diría Basadre- una nueva morada»²⁹.

Se repetirá hasta el cansancio la frase inicial de «La historia en el Perú: ciencia e ideología» de Pablo Macera: «El historiador es hoy día en el Perú un hombre a la defensiva, no muy seguro de la validez científica y social de su oficio» (conviendría anotar ahora que son tantos hombres como mujeres). Era 1968 y su eco se difundía vertiginoso en 1977³⁰. Curioso, entre 1975 y 1985, el mismo autor desempeñaría la función de «oráculo», como lo bautizaran en diversos medios de prensa. Pierre Vilar lo recordaba como «un hombre absolutamente fantástico» y Alberto Flores Galindo lo miraba como la prueba máxima de cómo, en tiempos de crisis, los historiadores adquieren un «aura profética»³¹.

Primero historicismo peruano desde principios de siglo, con gente que ligaba acción política y reflexión histórica. Todo se explicaba por la historia. Luego viene la «generación clausurada» y el vacío. Finalmente, entre 1945 y 1956, la liquidación del historicismo y el desplazamiento de la historia por las ciencias sociales. «La crisis actual -decía Macera- de los estudios históricos peruanos...podría ser descrita como tradicionalismo temático, ausencia de vocaciones e incomunicación con las demás ciencias sociales...crisis de una disciplina que ha estado por debajo de las expectativas que ella misma creó a través de sus dos primeros historicismos». Pero eso era el sentir del autor, que se visualizaba a sí mismo como «nateria prima estudiantil» de esa liquidación del historicismo, sin capacidad de ver en el momento las causas de ese proceso ni las consecuencias de mediano plazo.

Luego, a regañadientes, tomó nota de la generación posterior y su relación con la práctica historiográfica y la memoria histórica³². Ese momento de su discurso no es el que perdurará, como lo hará su testimonio personal y sus apreciaciones directas y subjetivas acerca de sus colegas y contemporáneos. La libertad con que construyó un discurso en base a opiniones y opciones personales fue, además de lógicamente polémica, un aporte al conocimiento de la práctica de la historia en el Perú, cuando ésta gozaba de una fuerza y difusión muy distante de la imagen crítica que el mismo autor había dado poco antes.

Es el momento en que los nuevos aportes de la historia se difunden a través de los maestros y la escuela, con el telón de fondo de las transformaciones impuestas por el cesarismo militar reformista. La visión del Perú dejó el estereotipo que el discurso de los llamados «hispanistas» o «criollos» habían desarrollado a través de los primeros programas oficiales escolares. Esos programas no cambiaron mucho, pero el discurso fue infestado de la visión crítica, que respondía mejor al origen social de los jóvenes que la asimilaban. La «idea crítica» fue bautizada por Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart³³, difundida por Flores Galindo y otros.

El estilo de Macera en el texto comentado ha querido ser imitado, con poco felices apreciaciones por H. Urbano, pero salvo el escándalo, esas páginas han tenido sólo un interés relativo³⁴. Lo mismo ocurrió con un *setting* elaborado por el peruanoista Fred Bronner, un verdadero detective personal e historiográfico en 1986, que dejó un pulcro panorama de las «condiciones de la práctica» de la historia en el Perú, pero

que pasó desapercibido y nunca fue traducido al español³⁵. Fueron miradas externas, aunque Urbano hubiese construido un pequeño espacio de poder personal donde podía desplegar su influencia entre los historiadores peruanos. Y es que como ha señalado Flores Galindo, la relación entre biografía y práctica historiográfica es muy fuerte entre los autores peruanos, llevando a superponer planos: «A veces pareciera que la búsqueda de esa imagen del Perú es la búsqueda de una identidad personal: la historia puede terminar reflejando como un espejo la imagen del propio historiador. Esta aventura implica en ocasiones, hasta verdaderos riesgos personales»³⁶.

Luego vinieron los años de la crisis y la guerra, 1983-1993: la década de la muerte. Los historiadores se fueron a otros centros de estudio en el extranjero, el lamentado y temprano fallecimiento de Alberto Flores Galindo fue como el bíblico «signo de los tiempos». Los jóvenes se hicieron mayores, cargados de cargos, los mayores se tornaron símbolos (algunos muy activos sin embargo como María Rostworowski).

Magdalena Chocano publicó una aguda reflexión por entonces³⁷, enfatizando en la ucronía (pensar la historia como pudo haber sido y no fue) más que en las oportunidades perdidas, tomó el discurso de Basadre como punto de partida de un cierto recurso a la frustración en el lenguaje histórico peruano. Sin dejar ese tono, los historiadores de la crisis desarrollaron, según ella, un discurso profético, que respondía a las ansias de salvación de la sociedad y creaba un modelo de heroísmo intelectual. Su artículo fue un murmullo solitario. Muy bien recibido por lo puntual y claro de su llamado de atención, fue tomado en cuenta como referencia... para luego volver al combate.

Los códigos ideológicos cambiaron como lo hicieron las condiciones de la producción histórica y el propio discurso histórico. Macera decidió guardar silencio. El «mundo andino», con todo lo vacío que puede ser de contenido y con todo el peso histórico que puede tener la tarea de su conversión en programa para el futuro, se convirtió en el centro de las reflexiones. Como vimos páginas antes, fue un discurso se convirtió en parte de la realidad. Un libro de difusión bastante acequible a los estudiantes y profesores, editado por un periodista que llevaba a las páginas de los diarios el discurso de los historiadores en sus entrevistas, es el mejor ejemplo. Carlos Arroyo juntó algunos de los nombres más importantes de la historiografía peruana³⁸.

Entre Incas, lucha anticolonial, movimientos campesinos, desborde y violencia, la compilación de Arroyo terminaba en el «redescubrimiento de lo andino». Nuevamente Flores Galindo, junto con Burga, Montoya y otros, firmaban lo que en los medios estudiantiles, de difusión cultural y política, había ganado el interés general. La polémica no estuvo ausente. Las acusaciones de «esencialización» de «lo andino» y el carácter conservador o reaccionario que ello podía tener, no se dejaron esperar. La respuesta a esa crítica fue el «prólogo» de ese libro, el último que escribió Alberto Flores Galindo, «al correr de la máquina, con tanto apasionamiento como sinceridad». Resentía la incomodidad que en diversos medios académicos causaba la profusión de estudios andinos y la connotación despectiva que encontraba en la acuñación del término de «neo indigenismo». El extremo era la atribución de alianzas con el senderismo por parte de los que estudiaban lo andino, lo que se «desliza siguiendo los viejos mecanismos del chisme limeño o del correo de brujas». El tono de esa vez era más crudo, dejaba traslucir la crispación que en el lugar social de la historia se había producido, al calor del fuego cruzado de la guerra.

Al final de esa coyuntura, quien más cerca estuvo de la pregunta que motiva esta reflexión fue Manuel Burga³⁹. Luego de hacer un balance de cómo el discurso histórico europeo responde a un tipo de historia concebida como un ascenso y un éxito, pasa a dar cuenta de un breve esquema de la historia andina como sucesivas

«modernizaciones frustradas», que debieran dar como resultado una «conciencia de los problemas históricos». ¿Para qué la historia entonces? para ubicar un proyecto de futuro, que parte de «apreciarnos mejor a nosotros mismos», «conocer mejor el presente», «ser objetivos» y «crear una memoria nacional». Finalmente, da su versión de esa posible memoria nacional que informe un proyecto de futuro que no fracase como los anteriores por su carácter de impuestos y antipopulares. Su posición la llama «historia nacional crítica», superación de los discursos históricos hispanistas (el de Riva Agüero), criollos (los de Porras y Basadre) e indigenistas nacionales (los de Tello y Valcárcel). Esa historia es parte de un nacionalismo moderno que deriva de «un nacionalismo andino en progresión constante». Ha sido practicada desde Pablo Macera, Luis Lumbreras, hasta Alberto Flores Galindo.

Si se mira bien, el planteamiento de Burga es muy similar al que Basadre hiciera en 1931 acerca de la finalidad docente de la historia⁴⁰. ¿Para qué conocer y divulgar la historia, entonces? -se preguntaba. Por una finalidad patriótica, de afianzar la memoria, crítica a la vez que visionaria: problema y posibilidad a la vez.

La reflexión final de Manuel Burga es inconclusa, como debía ser⁴¹, tal vez la escriba luego de la experiencia de alejamiento que está viviendo.

Efectivamente, luego de los tiempos de la guerra, vino un exitoso programa de «demolición de la memoria» por obra del discurso oficial de lo que se conoce como «fujimorismo», diríamos, la *fase superior* del neo liberalismo. Pero neo liberalismo dice tan poco como decía el calificativo de neo indigenismo. La crispación pareció ceder, junto con el alivio por la conjuración de la subversión. Pero el perfil del historiador volvió a un plano secundario.

Menos numerosos, con muchos fuera del país definitivamente, con menos visitas renovadoras desde fuera (atemorizados por la guerra), varios retirados o refugiados en sus instituciones, la universidad siguió la pendiente de su deterioro, en los centros de investigación la palabra «historia» parecía tener una maldición de inutilidad y de orfandad de recursos.

Pero la palabra maldita no va a dejarse extirpar tan fácilmente.

Cabrá a estos tiempos por definirse, dar forma a un nuevo discurso, tal vez más tolerante. Las condiciones de la producción de historia en el Perú han venido cambiando por dentro. El repliegue no significó una parálisis sino todo lo contrario.

Las instituciones que surgieron como respuesta a los tiempos de la demolición, por ejemplo SUR y su revista *Márgenes*, marcada por Flores Galindo, ha seguido manteniendo el perfil que inauguró, en medio de una fructífera polémica informada por revistas como *El zorro de abajo* y *Caminos del laberinto*. Un diálogo no separado del debate político y entre diversas perspectivas y disciplinas. En el tradicional Instituto Riva Agüero por ejemplo, hay un museo de arte popular, se guarda la música de las regiones y los pueblos. Hay espacios de difusión de historia, como las conferencias del CENDOC (Centro de Documentación de la Mujer) que animan Margarita Zegarra y Scarlett O'Phelan.

Las universidades nacionales mantienen sus carreras de historia con muchos alumnos, por ejemplo, con deficiencias, en la Universidad Federico Villarreal hay 60 estudiantes que terminan su carrera. La universidad privada no ha dejado de lado la historia. La Católica mantiene un mismo nivel de alumnos y, aunque no con la velocidad que pudiera esperarse, va renovando su plantel con personal que proviene de sus propias canteras. Hubo un intento de crear una carrera de historia en la Universidad de Lima que fracasó, pero algunos alumnos terminarán ahí su carrera. Historiadores enseñan en las más diversas facultades de la universidad peruana. Los alum-

nos de la Católica y de Villarreal organizan anualmente coloquios de estudiantes de historia. En Cusco hay varios círculos de estudiantes de historia.

Los investigadores extranjeros han vuelto a estudiar el devenir del Perú. Junto con sus profesores, jóvenes alumnos han reaparecido para preparar tesis universitarias en base a investigaciones en el país.

Los libros de historia se siguen publicando en organizaciones como el Instituto de Estudios Peruanos, el Centro Bartolomé de Las Casas, la Universidad Católica, que son las editoriales privadas y no comerciales más importantes, con títulos de historia muy numerosos y de gran calidad. Hoy son más los títulos de historia que se publican anualmente que los que se contabilizaban en las décadas más florecientes de los 70' a 80'.

Hay, finalmente, una nueva generación de historiadores que tiene en cartera investigaciones concluidas o en proceso sobre casi todos los nuevos temas de la historiografía mundial y comienzan, como lo hicieran otros antes, a enfrentar la tarea de reproducirse y reproducir su discurso en el *lugar* de la historia en el Perú. Los estilos y las perspectivas son diversas. Algunos jóvenes han retomado una historia erudita como la de los mejores exponentes de la historia de mediados de siglo, mientras que otros se han entrenado en técnicas y perspectivas que retan a las ideas generales más difundidas y aceptadas. El gran desafío será que todos busquen las miradas de conjunto, las discutan y las difundan, usando medios mucho más poderosos que los que sus antecesores usaron. El sistema educativo será un importante área de lucha, no habrán sólo buenas intenciones y, como se dice, de ellas está empedrado el camino del infierno. No se puede abandonar la universidad. Se entablará un nuevo diálogo entre investigadores y maestros de las escuelas. El libro seguirá siendo importante, pero no lo único ni lo más trascendente.

Y en este nuevo proceso que se abre, como buenos historiadores, sus actores deben saber y tener presente que, todo lo vivido no ha sido en vano.

Notas

- 1 "Notas sobre historiografía andina, 1970-1992". Humberto Rodríguez y Jonny Castillo (eds.), *Investigaciones en ciencias sociales. un balance necesario: 1993*. CONCYTEC. Lima 1993. También publicado en *Estudios Históricos II*. Universidad Autónoma Metropolitana. Iztapalapa, México 1995. La versión final salió con el título de *Indígenas del tiempo. De historia e historiadores en el Perú contemporáneo*. IEP, Lima 1996
- 2 No mencioné, por ejemplo, en lo referente al siglo XVII los estudios de Margarita Suárez, la historiadora que mejor conoce los aspectos económicos e institucionales del siglo XVII andino.
- 3 Heracleo Bonilla, «La historia económica en el Perú en los últimos 25 años». En: *Socialismo y Participación* 76, diciembre 1996, pp. 117-124
- 4 Heracleo Bonilla, «El nuevo perfil de la historia del Perú». En *La revista* 3, noviembre 1980, pp. 11-20. Eran unas 60 fichas de libros, artículos y tesis que en diez años habían cambiado la imagen que de algunos períodos, temas y personajes, la historia se había hecho hasta su renovación. Las respuestas aparecieron en *La revista* 3, julio 1981: «La historiografía de los *elegidos*» de Franklin Pease, «Por una historia andina y nacional» de Manuel Burga e «Historia peruana o historia sobre el Perú?» de Alberto Flores Galindo. Además de ausencias, la objeción se resume en el título de Flores Galindo.
- 5 Pablo Macera, «La historia en el Perú: ciencia e ideología». En: *Anaru* 6. Lima 1968. Reproducido en *Trabajos de historia*. INC, Lima, 1977. T.1, pp. 3-20. Al que se añaden sus «Explicaciones» que preceden los tomos de sus *Trabajos*...
- 6 Franklin Pease. *Historia en el Perú del siglo XX*. Lección inaugural del año académico de 1992. PUCP, Lima 1992.

- 7 Lorenzo Huertas (comp.), *Ecología e historia: problemas de indios y españoles referentes a las catastróficas laznias de 1573 en las convegnientos de Trujillo*. Solidaridad, Chiclayo 1987
- 8 L. Ortlieb y J. Machare, *Polea-ENSO records: internacional symposium: extended abstracts*. ORSTROM, CONCYTEC, Lima 1992
- 9 Alberto Flores Galindo, «La imagen y el espejo: la historiografía peruana 1910-1986.» En: *Márgenes* 4, 1988, pp. 55-80
- 10 Michel de Certeau, *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana, México 1985. Traducción de José López Moctezuma. «Un lugar social», pp.73 -86. Como parte de la «operación historiográfica», p.71.
- 11 "Toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscrito a determinaciones propias: una profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría especial de letrados, etcétera. Se halla, pues, sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizada en una particularidad. Precisamente en función de este lugar los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que e vamos a preguntar a los documentos se organizan». (Ibid p.73)
- 12 Manuel Morcno Fraguinal, *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, indígenas y plantaciones*. Editorial Crítica, Barcelona 1983
- 13 Efraín Trelles, *Lingaje y futuro*. Sur/Otorongo ediciones, Lima 1994
- 14 Efraín Trelles, *Lucas Martínez Vagazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial*. PUCP, Lima 1983
- 15 Incluso anteriormente dio un aviso con la realización de una «conferencia» en el IEP, donde, a pesar de su presencia física, propaló una grabación que combinaba el lenguaje del fútbol con música, la «vez» del otro que venía del tiempo y la del propio autor, sometido a fuertes presiones emocionales. La polémica no se hizo esperar y recorrió los «medios» sociales y académicos por un buen tiempo.
- 16 Roger Chartier, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Godisa, Barcelona 1992, p. 45
- 17 El mismo Roger Chartier la desarrollado la temática de la lectura y los lectores, paralela a las representaciones, ver: *Lecturas y lectores en la Francia del antiguo régimen*. Instituto Mora, México 1994
- 18 Françoise Perus (comp.), *Historia y literatura*, Antologías Universitarias (De Certeau, Ricoeur y otros). Instituto Mora, México 1994
- 19 Por ejemplo, Otmar Ette, *José Martí. Apóstol, porta revolucionario: una historia de su recepción*. UNAM, México 1995
- 20 David Carr, «La narrativa y el mundo real: un argumento en favor de la continuidad». En: *Historias* 14, México 1986, pp. 15-28. Resume las discusiones entre White y Ricoeur, en las que han participado de manera activa Chartier, Ginzburg y otros.
- 21 Carlo Ginzburg, «El juez y el historiador». En: *Historias* 26, México 1991, pp. 3-14.
- 22 Jorge Basadre, «En torno a la enseñanza de la historia del Perú». En: *Historia* 3, Lima 1943, pp.517-542
- 23 Escribía por ejemplo: «Creemos casi siempre que «historia del Perú» quiere decir «historia de los hechos ocurridos en relación con el estado de nominado Perú», o de los personajes con el connotados, o, eventualmente, de las instituciones anexas. Limitación de concepto a la vez que vaguedad en la perspectiva del tiempo».
- 24 Alberto Flores Galindo, «Los caballos de los conquistadores, otra vez». En: *Tiempo de Plagas*, El Caballo Rojo Ediciones, Lima 1983, pp. 197-215.
- 25 Thierry Saignes, «Es posible una historia «chola» del Perú (Acercar de *Nacimiento de una utopía* de Manuel Burga)». En: *Alpanchis* 35/36, Cusco 1990, pp.635-638.
- 26 Fernando Iwasaki, «Conquistadores o grupos marginales. Dinámica social del proceso de conquista». En: *Anuario de Estudios Americanos* XLII, 1985. Entre otros artículos.

- 27 Jorge Basadre, «Prólogo» a *La historia en el Perú* de José de la Riva Agüero. PUCP, Lima 1965
- 28 Raúl Porras Barrenechea, *La marca del escritor*. FCE, Lima 1994. Selección y prólogo de Luis Loayza.
- 29 Flores Galindo, «La imagen...» p.79.
- 30 La edición del artículo data del año 1968, en la revista que dirigiera Emilio Adolfo Westphalen y su reedición, en 1977, corresponde al primer tomo de los *Trabajos de Historia*.
- 31 La declaración de Vilar en Wilfredo Kapsoli (ed.), *Peruanistas contemporáneos I*. Concytec, Lima 1988. Flores Galindo, «La imagen...». Los artículos y entrevistas de Macera aparecieron como libro por Mosca Azul Ed. con el título de *Las furias y las penas*.
- 32 "Explicaciones». En *Trabajos...*
- 33 Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart, *El Perú desde la escuela*. Instituto de Apoyo Agrario, Lima 1989
- 34 Enrique Urbano, «Representaciones colectivas y arqueología mental en los Andes». En: *Allpanchis* 20, 1982, pp. 33-84. Entre otros, es lo más destacado.
- 35 Fred Bronner, «Peruvian Historians Today: Historical Setting». En: *The Americas*. XLIII/3, 1987, pp. 245-278. Consideraba a la historiografía peruana como extraordinariamente variada y en un estado de prosperidad que sin embargo se desarrollaba en condiciones de precariedad, con salarios de profesores principales inferiores a los 200 dólares y precios idénticos a los de los países industrializados.
- 36 «La imagen...» p. 72. Un testimonio personal de Flores Galindo, más bien referido a su práctica política y su ubicación en un momento generacional, en «La generación del 68: ilusión y realidad». En: *Márgenes* 1, 1987, pp. 101-124. Fue el lanzamiento de SUR, Casa de Estudios del Socialismo.
- 37 Magdalena Chocano, «Ucronía y frustración en la conciencia histórica peruana». En: *Márgenes* 2, 1987, pp. 43-60
- 38 Carlos Arroyo (ed.), *Encuentros, historia y movimientos sociales*. MemoriAngosta, Lima 1989.
- 39 Manuel Burga, *Para qué aprender historia en el Perú*. Derrama Magisterial, Lima 1993
- 40 Jorge Basadre, *Perú: problema y posibilidad*. F. y E. Rosay, Lima 1931
- 41 «Confrontados a sociedades que se derrumban, teorías que se deshacen y pueblos que optan por el apoyo a los cesarismos democráticos» p. 103.